

Gonzalo Fernández de Oviedo. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Ed. A. Baraibar. Madrid: Biblioteca Indiana, Iberoamericana / Vervuert, 2010. 377 pp.

Esta publicación corresponde al número veintiséis de la Biblioteca Indiana, creada por el Centro de Estudios Indianos (CEI) de la Universidad de Navarra. El CEI lleva a cabo una de las líneas de investigación del Grupo de Estudios de Siglo de Oro (GRISO), cuyo objetivo primordial es la edición y estudio de textos coloniales.

Una reedición del *Sumario* está justificada por varios motivos, pero el más importante es aquel que compete al ámbito de la crítica textual. El libro de Oviedo fue publicado originalmente en Toledo, el año 1526, y desde entonces conoce un buen número de ediciones y traducciones. No se conserva el manuscrito original, de modo que la edición de Toledo, hasta ahora ignorada por los editores modernos, vendrá a ser el texto base para una adecuada fijación textual. Álvaro Baraibar tuvo el acierto de regresar a la *princeps* y fijar el texto según los modelos de edición contemporáneos y de acuerdo a las normas propuestas por el GRISO. Estamos entonces ante una edición crítica que contiene un texto fiable, un apropiado estudio preliminar, una bibliografía y un aparato de notas con su respectivo índice.

En el ámbito de la ecdótica, el método utilizado por Baraibar fue el cotejo de tres ejemplares de la *princeps* procedentes de diferentes bibliotecas (Biblioteca Nacional de España, Biblioteca del Palacio Real y John Carter Brown Library), encontrando hasta ocho variantes: camas/ canoas; picados/ picudos; etc. Éstas se deben a que no fueron introducidas las correcciones a tiempo y, en alguna ocasión, a que el cajista corrigió lo que estaba bien escrito.

Luego Baraibar cotejó los ejemplares de la *princeps* con el resto de ediciones, encontrando notables diferencias. Si bien la segunda edición del *Sumario*, del año 1749, del editor Gonzáles Barcia, sigue fielmente a la edición de Toledo, todas las ediciones modernas se basan en la tercera edición del *Sumario*, publicada el año 1852 en la Biblioteca de Autores Españoles. No son pocas las erratas que se han ido repitiendo a lo largo de una accidentada transmisión textual.

La puntuación del texto también ha sido revisada y modificada de manera importante. Se ha eliminado la vírgula, la *comma*, el *colon*, el párrafo y el signo tironiano. Baraibar ha puntuado con la ambición de que el texto transmita el “flujo del pensamiento de Oviedo” (p. 44). Esta revisión de la puntuación ha permitido resolver varios anacolutos bien ejemplificados en el Estudio Preliminar.

Fuera del ámbito filológico, hay dos aspectos de la edición de Baraibar que podemos considerar como enmiendas a la *princeps*: las notas marginales y la numeración de capítulos. Fernández de Oviedo ideó un buen número de anotaciones marginales a lo largo del *Sumario*. Se trata de concisas llamadas de atención sobre los diferentes temas que se van tratando. Baraibar advirtió que en el índice final de la *princeps* se recogen muchas anotaciones marginales que, por descuido u omisión, no figuran en el texto, hecho que lo llevó a incorporar estas notas a pie de página.

El editor propone además una reenumeración de los capítulos a raíz de varias erratas en la edición de Toledo, pero sobre todo porque en ésta se omite el capítulo 19, pasando

del 18 al 20, lo que ocasiona un descabalgamiento de la numeración. El estudio preliminar ofrece una tabla de equivalencias entre los capítulos de la *princeps* y su correspondiente reenumeración.

La anotación textual es concisa y pertinente, utiliza lugares paralelos útiles a la comprensión del texto y actualiza los nombres de los animales y plantas, prestando especial atención a la toponimia. Contamos además con una completa documentación respecto a las voces originales de América. Si bien estas notas logran orientar al lector, remiten a especialistas en la materia en caso de que exista el interés en profundizar en los aspectos lingüísticos del *Sumario*.

Además de las ilustraciones originales, el texto está acompañado un buen número de ilustraciones seleccionadas por Baraibar, propias de la época que nos ocupa y afines al espíritu del primer libro publicado en Europa que incluyó ilustraciones del Nuevo Mundo. Tal como dice el editor, este magnífico conjunto “es otra forma de anotación del texto” (p. 48). Las ilustraciones provienen de la *Historia* de Oviedo, de la cartografía del XVI, de textos científicos de la época, etc., tal como consta en el “Índice de ilustraciones” incluido en la misma edición.

El estudio preliminar nos introduce en las circunstancias vitales de Fernández de Oviedo y el contexto histórico de la España del primer cuarto del siglo XVI. Es importante entender que nos hallamos en un “momento histórico de gran optimismo ante los éxitos y la expansión del imperio castellano. Se trataba de una coyuntura histórica muy favorable a los intereses de Carlos V, unos años de máximas expectativas para el Imperio español y donde todo parecía posible” (p. 10). Oviedo es consciente de las claves de la época en que vive y su escritura transmite el auge cultural de una empresa descubridora que cada día registra nuevas tierras y gentes. Baraibar se refiere a la conquista intelectual del Nuevo Mundo por parte del Viejo, lo que constituye una suerte de correlato de la conquista de facto. Es visible el esfuerzo del cronista por comprender y transmitir las novedades de una naturaleza exuberante y por acercarnos al curioso modo de vida de los indios americanos.

La obra está motivada, según declaración explícita del autor, por la idea de “dar a vuestra majestad alguna recreación”. Este objetivo se cumple con creces: Oviedo describe las plantas, los animales, las costumbres de los indios con una amenidad y frescura que dista mucho de la frialdad enciclopédica. El editor se refiere, a propósito de la puntuación, a la “oralidad que caracteriza al *Sumario*”. Efectivamente, en muchos pasajes el cronista describe a los animales con buenas dosis de humor, una suerte de viñeta, como en el caso del perico ligero (Cap. 23). Oviedo es capaz de desplegar en la escritura un espectáculo natural: cuando escribe sobre los rabiocardos que persiguen a los alcatraces para quitarles la pesca, “es una gran deletación verlo todos los días del mundo” (Cap. 37). Lo mismo al describir la vida que llevan los indios, sus costumbres familiares y sexuales, y su ingenio a la hora de conseguir alimento. Fernández de Oviedo constantemente se refiere al placer contemplativo que siente al observar algún fenómeno de la naturaleza americana, el que intenta reproducir en sus lectores por medio de algún recurso poético: “Y estos escuadrones o multitudes de estos cuervos, en muchas partes y muy a menudo cada día se ven en la dicha costa del Sur, allí donde he dicho, y no parece todo aquello que toman y ocupan del agua sino un terciopelo o paño muy negro” (Cap. 38).

El *Sumario* está compuesto de una buena cantidad de microrrelatos, algunos maravillosos, tendientes a transmitir la abundancia de los recursos naturales americanos; y otros que corresponden a relatos populares, tomados del inaprensible caudal de historias orales que produjo la empresa conquistadora, como es el episodio de los labradores que siembran en el cielo (Cap. 10). Si a esto sumamos los muchos giros coloquiales usados por Oviedo, no nos costará imaginar a este libro como a un viajero que relata una serie de anécdotas frente a un alegre corro de cortesanos.

Sin embargo, las posibles funciones del *Sumario* rebasan notablemente la primera intención de su autor. Como señala Baraibar, “sus descripciones se aproximan en ocasiones a inventarios de bienes en los que la corona podía encontrar un beneficio. Este caso es evidente en el capítulo dedicado a las minas de oro” (p. 23). Pero también el sumario puede ser considerado una “guía de viajes” (p. 23), en el que encontramos numerosos consejos a los viajeros, además de lo que hoy llamaríamos *un cuadro de distancias* (Cap. 1). Tal como indica el editor, en el *Sumario* tenemos un manual de primeros auxilios americano: remedios “contra la mordedura del murciélago” (Cap. 35), además de otras curas y precauciones. También podemos considerarlo un libro de cocina: hay muchas referencias al valor gastronómico de los animales descritos. No se trata de meras instrucciones para la supervivencia en un medio hostil, como en el caso del pan cazabi (Cap. 5), sino del placer culinario que proviene de platos como el faisán, el tapir y el armadillo, que son un “excelente manjar” si los preparamos según los consejos del autor (Cap. 40). Oviedo reconoce el valor de ciertas recetas originales de América, como la chicha, “que es de muy mejor sabor que la sidra o vino de manzanas y, a mi gusto y el de muchos, que la cerveza, y es muy sano y templado” (Cap. 10).

Además de estas intenciones del autor, tratadas en el estudio preliminar, podemos agregar dos aspectos que ya han sido desarrollados en el amplio corpus bibliográfico dedicado a la obra de Fernández de Oviedo (O’Gorman, Gerbi, Salas). El primero respecto de la idea de progreso y el segundo atendiendo a la función de la ciencia en la sociedad hispánica del XVI. Oviedo recalca las oportunidades económicas de pasar a tierras americanas para aquellos colonos dispuestos a iniciar actividades como la ganadería, la agricultura y viticultura (Cap. 2). El cronista configura un modelo de colono deseable para el adecuado aprovechamiento de las tierras que tienen “los mejores pastos del mundo... de muy lindas aguas y templados aires”, cuidándose de atraer a los aventureros “cobdiciosos” y a “los amigos de novedades”.

Siguiendo a Carrillo Castillo, el editor concluye que nuestro cronista quiso hacer “una ordenada colección de elementos fácilmente distinguibles, visibles y nombrables, a disposición de futuros colonos” (p. 29).

La idea moderna de progreso se encuentra, podríamos decir, de forma embrionaria en el *Sumario*. Oviedo sostiene que la acción de la conquista ha permitido que exista un valor económico donde antes no había sino selva. El capítulo 61 refiere la transformación de una zona húmeda en una tierra apta para la cría de ganados, “y cada día es más sana y apacible”. Los cristianos han cambiado los sapos por vacas y yeguas.

Pero por otro lado, el autor reconoce ciertos vicios de la conquista, que además de ser graves pecados, perjudican el desarrollo de las tierras conquistadas. Un ejemplo

lo encontramos en el capítulo 10, donde Oviedo se refiere al despoblamiento, fruto del maltrato inflingido a los aborígenes por los malos cristianos, que “han hecho cosas no de hombres, sino de dragones e infeas...Y los que han seido causa de de aqueste daño llaman pacificado a lo despoblado, y yo por más que pacifico lo llamo destruido”.

Podemos afirmar entonces que una de las intenciones del *Sumario* es implantar un modelo de conquista acorde con la religión y el desarrollo económico y social del imperio hispánico.

El segundo aspecto que vale la pena mencionar es el constante desafío que hace Oviedo a la ciencia y a la técnica de la época. En este sentido, el autor, además de revestirse de la autoridad que le concede la experiencia, no se propone a sí mismo como un nuevo sabio, sino más bien como un gran curioso, un preguntón: “cosa es para contemplar y especular los que ha esto tuvieren inclinación y desearan saber este secreto; que yo, pues personas de abundantes letras no me han satisfecho ni sabido dar a entender la causa, básteme saber y creer que el que lo hace sabe eso y otras cosas muchas que no se conceden al entendimiento de los mortales, en especial a tan bajo ingenio como el mío. Los que le tienen mejor piensen por mí y por ellos lo que puede ser el verdadero entendimiento, que yo, en términos verdaderos y como testigo de vista, he puesto aquí la quistión” (Cap. 9).

Es posible elaborar un listado de asuntos pendientes, misterios de los cuales los científicos del XVI deberían, según el autor, hacerse cargo. El cronista se limita a aportar datos necesarios para despertar la curiosidad y alentar la investigación científica en aras del correcto desarrollo de la conquista americana, acorde con “el periodo de euforia” al que se refiere Baribar (p. 31).

Otro de los desafíos a la ciencia se relaciona con el régimen de mareas: “no es cosa para dejarse de notar una singular y admirable cosa que yo he colegido de la mar Océana, y de que hasta hoy ningún cosmógrafo ni piloto ni marinero ni algún natural me ha satisfecho”. Hay también una llamada de atención a la medicina cuando el autor asegura que aún no se ha encontrado el antídoto contra la yerba mortífera untada en las flechas de los indios coronados, “aunque muchos cristianos han muerto con ellas” (Cap. 9). En el capítulo 10, Oviedo aporta algunos datos relativos a la ubicación de los astros que pueden resultar útiles a los “especulativos”, aquellos estudiosos entendidos en cosmografía. Un desafío a la técnica encontramos en el capítulo 12, cuando se refiere al beorí o tapir americano; dice Oviedo que “Hasta agora los cueros de estos animales no los saben adobar ni se aprovecha de ellos los cristianos, porque no los saben tratar, pero son tan gruesos o más que los del búfalo”.

Será interesante rastrear la respuesta del mundo científico ante las cuestiones planteadas por el *Sumario*. Sabemos que algunos de estos misterios se comenzarán a resolver varios siglos después: Oviedo dice que el Mar del Norte y el Mar del Sur, divididos por dieciocho leguas en el punto más angosto del itmo de Panamá, no son en realidad dos mares sino que “todo es un mismo mar” (Cap. 9). Una afirmación de esta naturaleza careció de sustento científico hasta la aparición la teoría de la deriva continental en la segunda década del siglo XX.

En fin, la nueva edición del *Sumario de la natural historia de todas las cosas*, de Fernández de Oviedo, es sin lugar a dudas un hecho relevante en el ámbito de los estudios coloniales. Los investigadores cuentan ahora con un texto fiable, debidamente fijado, que allana el camino para nuevos estudios y discusiones.

JOAQUÍN ZULETA
Universidad de Navarra
jzuleta@alumni.unav.es